

Actas del III Encuentro Internacional:

derechos lingüísticos como derechos humanos

CONVERSACIONES INS/URGENTES

Compiladoras

Luisa Domínguez

Sofía De Mauro



Área de
Publicaciones

Escuela de
Letras

Secretaría de
Extensión

ciffyh
Centro de Investigaciones
Fonéticas y Lingüísticas
Fonología y Lingüística



**Museo de
Antropologías**
Facultad de Filosofía y Humanidades UNIC

ffyh
Facultad de Filosofía
y Humanidades UNIC



unc

Actas del III Encuentro Internacional: Derechos Lingüísticos como Derechos Humanos: conversaciones insurgentes/Santiago Durante...[et al.]; Compilación de Sofía De Mauro; Luisa Domínguez. - 1a ed. - Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Delegación Facultad de Filosofía y Humanidades, 2025.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1901-7

1. Derechos Lingüísticos. 2. Derechos Humanos. 3. Córdoba . I. Durante, Santiago II. De Mauro, Sofía, comp. III. Domínguez, Luisa, comp.

CDD 410.188

● ●
Área de
Publicaciones

Diseño de portadas: Manuel Coll

Corrector de estilo: Patricio Pérez Andrade

Diagramación y diseño de interiores: Luis Sánchez Zárate

2025



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución

- No Comercial - Sin Obra Derivada 4.0 Internacional.



Fabulando las lenguas: elogio a la variación lingüística

Por Beatriz Bixio¹ y
Natalia Magrin²

Introducción

¿Qué es necesario, en efecto, que sea la lengua, para
que con ella se pueda designar tanto el objeto de una
ciencia cuanto el objeto de un amor?

Jean Claude Milner, *El amor por la lengua*

Una lengua, como un invierno, no puede ser explicada.

Una lengua, en cambio, puede ser inventada.

Tatiana Tibuleac, *El jardín de vidrio*

El título de esta mesa realmente nos interpeló pues vino a poner claridad a largas conversaciones nocturnas que siempre rondaban sobre las imaginaciones sobre las lenguas, así como sobre el deseo de transitar sus fisuras, una a partir de lecturas barthesianas y lacanianas, la otra, a partir de años de reflexionar sobre el lenguaje y las lenguas. Nos une el “amor por la lengua”, expresión de Milner (1980), quien mucho contribuyó a la formación de las ideas que presentaremos.

El término “fabular”, en su sentido lato, esto es, inventar, imaginar cosas fabulosas, tramas, argumentos, es posiblemente el más apropiado para nombrar aquello que nos convoca hoy: las lenguas. Para ello deberíamos concentrarnos en su sentido etimológico: fabular, del lat. familiar: “conversar”, “hablar”, derivado del lat. *fabula*:

1 Facultad de Filosofía y Humanidades, Instituto de Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

2 Instituto Académico Pedagógico de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Villa María

“hablar”, “relato sin garantía histórica” (Corominas, 1987, p. 1140). Este ingreso etimológico remite, casi sin dificultad, a la acepción de De Certeau, esto es, la fábula como una práctica discursiva que, más allá de su tema, se refiere a los relatos encargados de simbolizar una sociedad, relatos que fueron expulsados al campo de la ficción por el racionalismo “y, por consiguiente, compiten con el discurso historiográfico” (1993, pp. 22-23).

En nuestra primera tesis, las fábulas sobre las lenguas pueden tener su origen tanto en oposición al racionalismo, como plantean Bergson, y después de él, Deleuze y Guattari y, en cierto modo De Certeau (1993), como a un exceso –desborde– de racionalismo que finalmente construye fábulas de aquello que somete a su consideración, como intentaremos presentar en esta discusión. Las lenguas artificiales, las búsquedas de lenguas perfectas y, en particular, el arte de la gramática, podrían ejemplificar esta vertiente. Interesa conservar la idea de De Certeau acerca de que las fábulas son relatos encargados de simbolizar una sociedad, por un lado, y de que estos relatos no tienen garantía histórica, por el otro.

En segundo término, nos aventuramos en parte de la semiografía barthesiana y su lazo con el psicoanálisis lacaniano, para aproximar-nos al estatuto que asume la fabulación en relación con la lengua entendida, al igual que la muerte, como lo imposible de ser cubierto por lo imaginario o lo simbólico. Es decir, lo Real de la lengua. Sobre esta trama emerge nuestra segunda tesis. Ante este imposible surgen intentos de imaginarla o de fabularla: algunos como modos de domesticarla, aprehenderla, “emplearla”; otros, con la operación imaginaria en y con la lengua que “nos emplea”, invencionan formas que permitan bordearlas sin rechazar su condición imposible, su resto inatrapable que es, *justamente*, la dimensión vivificante de la lengua, el deseo que la motoriza.

¿Es posible no fabular la lengua? ¿Es posible no fabular con la lengua? ¿Hay lengua que no sea lengua *imaginada*? Fábula/lengua: binomio en el que los términos se reconocen casi como sinónimos. Una redundancia.

Primera tesis. La fábula de *La Lengua*: desborde de racionalismo, amor por la lengua, arte amatorio de la gramática y control

No hay lengua, sólo hay imaginación de una lengua, o mejor, necesidad imperiosa de una lengua, necesidad de asir un Real huidizo a través del acto adánico de nominación: lengua española, lengua portuguesa, lengua guaraní; pero no lengua portuñol. ¿Qué es lo que determina la pertenencia o no al conjunto “lengua”? Las lenguas pueden ser reunidas, en virtud de alguna propiedad –que nunca aparece clara, aunque el sentido común lo niegue– en un todo que llamamos lenguaje. Suponemos, entonces, que esas propiedades existen y que los y las lingüistas las encuentran en todos lados.

Se construyen las lenguas como objetos de la realidad. Para que las lenguas sean reales homogéneos –isotópicos– se requiere considerarlas como formas invariantes y relacionales (no como sustancias), estratificadas, tal como lo planteó históricamente el estructuralismo. Sin embargo, cuando los estratos se entremezclan surgen los equívocos y las lenguas pasan a ser inconmensurables entre sí e, incluso, no idénticas a sí mismas: ironía, homofonía, homosemia, homografía, deixis, insultos, exclamaciones, performativos, “todo lo que soporta el doble sentido y el decir a medias palabras” (Milner, 1980, p. 19) así lo demuestran. Es más, la posibilidad de que todo nombre sea empleado como “uso” o como “mención” complica aún más las cosas. Todo ello, sin aludir a la idea derrideana de que cada signo es uno y diferente en cada acto.

Lo especificado podría resolverse, quizá, en la dicotomía lengua/habla, sistema/uso, aceptando que la lengua como sistema es una totalidad reconocible y que, en el uso surgen las diferentes ocurrencias de los signos que pueden identificarse como mención, como chiste (sentido derivado del signo frente a su sentido dado), como indicación de ciertas cuestiones del contexto (hablantes, oyentes, espacios), etc.

Sin embargo, parece que incluso la noción de lengua como sistema nos pone en la misma encerrona. Este arte amatorio, como diría Milner, que es la gramática, ha constituido la lengua como un objeto de la realidad, una cosa, calculable, analizable por identidades y dife-

rencias, cuyo origen pertenece a su propio orden. Es lo que se llama lo arbitrario del signo (Milner, 1980). Sin embargo, los bordes de las lenguas se desdibujan: son mosaicos de dialectos, registros, sociolectos, en los que los niveles se cruzan (y no sólo en la poesía) –dimensiones que los y las gramáticas omiten– y el paso de una lengua a otra no admite el blanco. Es siempre un *entre* en el que la política opera intentando decirlas. ¿Qué otra enseñanza podemos extraer de ello sino la de la incommensurabilidad de las lenguas? ¿Hay lengua que no sea lengua imaginada?

Para resguardar esta lengua imaginada la lingüística escamotea toda referencia al sujeto que habla (como si pudieran disociarse), que podría *descompletar* (Milner, 1980, p. 42) la lengua o, en un movimiento aparentemente contrario, se recurre a la intuición del sujeto hablante como regla de lo que la lengua es, como garantía y dictamen indiscutible, amo de la lengua, amor por la lengua. Pero los juicios de gramaticalidad suelen ser discordantes entre hablantes de una misma lengua, por una parte, y por otra, entran en discordancia con los juicios de los y las gramáticos amadores, amadoras de la lengua. Podríamos avanzar con consideraciones sobre los sonidos en tanto pertenecientes a una cadena no segmentable o con los continuos entre las lenguas. Es la política, nuevamente, que junto con las fronteras nacionales crea las fronteras lingüísticas.

Parece que la lengua es más bien el producto de una fábula, compleja, imaginada durante siglos y refrendada por gramáticos, Estados y escuelas. La política encuentra en la fantasía de la lengua un principio de gobernabilidad, de intercomprensión, de producción: es la violencia del arte gramatical y de los diccionarios, de las normas del “buen decir” que controlan las hablas y las revierten en lenguas. Es el amor por la lengua del purista, deseo de posesión, de poseer la lengua y administrarla. La política de la lengua, la ciencia, las instituciones, intervienen con el poder de la forma y de la regla, esclarecen algunos segmentos, territorios, atributos, pero también escamotean, obturan la comprensión de otros. La lengua, así, es símbolo de nuestra sociedad en la que la política pretende regir y controlar los universos de significado: nacionalismo, diría Derrida (en Grossman, 2001), como veremos.

Ante lo imposible de asir aparecen los poderes en juego y las ortopedias (fabulaciones de la lengua). Si nos detenemos en el instante adánico de nominación podríamos reconocer el intento de arreglárselas con lo que no hay para hacerlo advenir. Con este “primer don de lenguas” adviene el poder sobre y con la lengua que no sólo intenta delimitar las formas de control de aquello que no cesa de escabullirse sino también guionar la ficción del empleo de la lengua, con la cual, además, se construyen los discursos que disputarán, en diversos contextos históricos, las formas del lazo social.

Si desde que es proferida, la lengua ingresa al servicio de un poder (Barthes, 1986), entonces sostenemos, ejecutamos y naturalizamos, conscientes o no, la fabulación de las gramáticas como regla. No es sólo el poder *sobre* la lengua, es el poder *de* la lengua. Es decir, el sujeto se encuentra en vasallaje a la lengua, no sólo en relación con aquellas dos instancias que estructuran el lugar de enunciación –y que desconocemos–, el inconsciente y la ideología, sino porque la propia lengua, dirá Barthes, siguiendo a Jakobson, es fascista. Una reflexión aparte ameritaría el reconocimiento de la mayor perversión en la fabulación de y con la lengua: *la de* los fascismos, la lengua de los campos de concentración.

Segunda tesis. Ante lo Real de la lengua devienen invenciones. No se rechaza lo imposible, no se busca el control sino, por el contrario, la expansión

En el supuesto conjunto organizado y controlado, en el que se delimita lo que es y no es una lengua, hay al menos una, refiere Milner, “que se presentifica incommensurable: la lengua materna”. Si esto es así, “¿qué impedirá tomar a todas las otras lenguas por este mismo aspecto y considerarlas radicalmente impropias para totalizarse, y que lo que las hace parecidas se transforme en lo que las hace incommensurables?” (Milner, 1980, p. 18). Incommensurable e inappropriable. Pues aun cuando, en lo concerniente al Sujeto, no se tenga más que una lengua materna y se esté inscripto en una trama simbólica urdida por un lugar de nacimiento y su lengua, aun en ese caso, dirá Derrida, la lengua no nos pertenece. Esa es la esencia de la lengua: lo inappropriable, lo que no se deja poseer. Ahora bien, es justamente ese

imposible lo que desata diversos gestos, estrategias y movimientos empecinados en su apropiación. “Se deja desear, pero no apropiar”, refiere Derrida y ante ello advierte: “el desafío político de la cosa es que justamente el nacionalismo lingüístico es uno de esos gestos de apropiación, un gesto ingenuo de apropiación” (Derrida en Grossman, 2001, s/p).

La soberanía del sentido y de la Ley –su obligación de decir– sólo puede ser combatida al interior de la lengua donde podrán invencionarse las formas para rasgar la pretensión soberana. Las variaciones de la lengua, diremos, son intersticios desde donde no sólo se forja el territorio de ese combate, sino, y sobre todo, desde donde se insiste con “la verdad del deseo” (Barthes, 1986, p. 130). Ante los poderes fascistas ejercidos con y sobre la lengua en nuestro país, que operan no sólo prohibiendo sino obligando, empujando a decir; este deseo barthesiano nos interpela y orienta para continuar insistiendo en la potencia subversiva de las variaciones que cada sujeto tenga a su disposición –con sus reservas de expresividad/afectividad. Variaciones que se inventen al calor del deseo, de los placeres, de los susurros de los que está hecho, pero también de los que elige dejar caer, de los que quiere escuchar y decir, de los que *desea* advenir. ¿Es acaso la variación lingüística el intento vivificante de arreglárselas con lo imposible de la lengua?

Sabemos que para Barthes (1986) es la literatura/el arte, la engañifa que permite escuchar a la lengua fuera del poder, burlar las imposiciones del imperio. Engañifas que se producen por la agitación incesante ante la falta de paralelismo entre lo real y el lenguaje.

En la escritura el saber es un lugar de enunciación que apunta a lo real del lenguaje, “las palabras ya no son concebidas ilusoriamente como simples instrumentos sino lanzadas como proyectiles, explosiones, vibraciones, maquinarias, sabores; la escritura convierte al saber en una fiesta” (Barthes, 1986, p. 126). Si hay fiesta, hay voces, tonos, movimientos y, particularmente, sinsentidos. Los desplazamientos serán entonces una forma de apelar a lo inesperado, a lo indecible. Una oda a lo inatrapable, un límite al operar de la maquinaria aceitada por los operadores de la lengua total. Ahora bien, sin desconocer el estatuto de la literatura y el arte en las trampas a la lengua, en las invenciones que puedan bordear lo imposible y

combatir los poderes empecinados en su dominio, nos interesa introducir la pregunta por la potencia de la imaginación de la lengua y sus desplazamientos en otras experiencias y lazos, en otros artefactos y movimientos. Más bien, lo que nos ocupa es la insistente pregunta acerca de cómo no quedar subsumidas a la idea de que sólo la literatura, el arte, puede escapar de lo domesticable, del intento permanente de los poderes de acotar, seleccionar, consignar la lengua y empujar a decir. ¿Cómo vislumbrar y desnaturalizar las formas en que se escabullen e inciden las arrogancias de los discursos encráticos con los que hemos sido habladas y desde donde –en muchas instancias– hablamos? Pero también, y particularmente, ¿cómo reconocer las violencias que ejercen los discursos acráticos? Uno y otro “conllevan rúbricas obligatorias, grandes formas estereotipadas al margen de las cuales la clientela de tal sociolecto no puede hablar (no puede pensar)” (Barthes, 1994, p. 131). Asumir una responsabilidad acerca del lugar desde donde se habla/hablo/ hablamos implicará también reconocer las formas latentes y manifiestas de tales rúbricas, el estereotipo y su tristeza –como lo define Barthes–, su violencia, diremos nosotras.

Retorna con insistencia la potencia del desplazamiento que nos recuerda, una y otra vez, que siempre estaremos en movimiento tras algo perdido. Rechazar lo imposible de la lengua nos deja del lado de la impotencia –hermanada a la violencia–; hacer lugar a la lengua imaginada puede orientarnos a encontrar las formas de su bordeamiento vía una invención que aloje las preguntas por lo que resiste, se escapa a los poderes que la sofocan. ¿No es acaso el kakán –lengua que se visibiliza en el susurro de la evocación y la fórmula mágica– un jirón arrebatado a ciertos poderes obstinados en el control y delimitación de lo que es o no una lengua e incluso de las temporalidades de su existencia? ¿Cómo nombrar, si no, las lenguas de fábulas personales, la lengua de Jorge Bonino, de Xul Solar, de los místicos, de la cábala, de los hablantes que buscan alguna lengua perdida (comechingones que, al no tener la lengua, sueñan con ella, con sus palabras, sus sonidos, sus tonos)? Son todas lenguas imaginadas que simbolizan un despojo, una utopía, una comunicación “absolutamente” lograda (la mística) o absolutamente imposible (Bonino). Lenguas movedizas, lenguas artefactos, lenguas orto-pe-

días, lenguas del vivir y del sobrevivir, lenguas de la locura, lengua de múltiples “Eloíisas cartoneras”, lengua Perlongher, lengua Libertella. La lengua del encierro, de la prisión, donde la lengua heredada no alcanza ¿no es acaso lengua imaginada para *hacerse un lugar* ante lo Real que irrumpe, ante las formas de lazo que en ese territorio están implicadas?

Reflexiones finales

En síntesis, la fabulación de La Lengua, del arte amatorio de la gramática, es la primera y más alevosa fábula que se pierde en los orígenes de la reflexión lingüística –o de la imaginación lingüística de la lengua prebabélica. Absolutamente cristalizada, recién ahora algunos/as lingüistas van asumiendo su carácter de acto de fabulación (Moreno Cabrera, 2008). Si del propio acto de fabulación y sus desplazamientos se erigen los tratamientos (im)posibles sobre y con la lengua, consideramos que la variación lingüística es el interregno desde donde se resguarda su potencia subversiva en lo más singularísimo de la existencia, su heterogeneidad metonímica, su condición vivificante y deseante.

Entre imaginación y variación lingüística hay entonces una orientación también para la derrideana política de la hospitalidad y la justicia por venir. En las fábulas sobre la lengua y con la lengua habitan las huellas del malestar de época, de las preocupaciones, exigencias, demandas y luchas. Imaginar la lengua para que algo de la verdad del deseo pueda ser motorizado, como orientación, supone entonces una invención, pero, sobre todo, el reconocimiento de su irreductible. No hay poder que pueda amarrar la lengua de una vez y para siempre. Si el poder se dice en la lengua, opera con la lengua y por la lengua, será esta misma su límite estructural. Ante lo que, en estos días, vocifera el vocero presidencial diremos: en *las*, *los*, *les*, aguardan los artículos por venir, contingentes, inatrapables, indomables, mal que le pese.

Como decíamos, la imaginación de la completud de la lengua y del sujeto que la habla (devenido en hablante) anula, además, todo reconocimiento de la multiplicidad de una lengua, de las lenguas y de la falla estructural que las constituye. La fabulación de la gramá-

tica dejó afuera la materia y la sustancia, el sujeto, ¿podemos fabular otras lenguas en donde el eje no esté fabulado en las formas sino en las sustancias, que recupere la materialidad, que recupere al sujeto y al cuerpo? “No se apropia una lengua sino para soportar un cuerpo a cuerpo con ella”, dice Derrida (en Grossman, 2001, s/p). Esta cita nos vuelve a traer la referencia de Barthes acerca de la escritura que convierte al saber en una fiesta y entonces imaginamos otras preguntas y derivas sobre la fiesta y lo que ésta podría hacer no sólo con el saber, también con la lengua. La fiesta y sus ritmos nos recuerdan la *comunidad idiorrítmica* deseada por Barthes en el horizonte sobre cómo vivir juntos, juntas. La fiesta con sus cuerpos investidos y desnudos –como la propia lengua que nos arropa-cubre y nos desnuda-descubre–; cuerpos en movimiento, en desplazamiento. La fiesta, escenario de un “cuerpo a cuerpo” con la(s) lengua(s), sus placeres, sus erotismos, sus repeticiones e insistencias, sus subversiones y múltiples formas del más-allá-del-sentido, con lo que no se deja atrapar.

Excursus

Marzo de 2024. Luche y baile se lee en la cabina de una DJ en “De-seo”, espacio cultural en la ciudad de Buenos Aires. Luche y baile, suena como aquel mandato histórico que abrió a la primavera de 1973 “luche y vuelve”. Luche y baile, un imperativo que trae a escena, con la lengua, lo que la herencia supone: asumir una responsabilidad y una decisión con la herencia viva del pasado que “nos escoge”, “apropiarse de un pasado que se sabe que en el fondo permanece inapropiable” (Derrida, 2009, p. 12). Luche y baile lleva incardinadas las huellas de experiencias políticas anteriores que se re-versionan, se “mezclan”, se reafirman y se desplazan para ir más allá de esas experiencias (pero no sin esas experiencias).

La lengua es una herencia. La herencia tampoco nos pertenece, no constituye propiedad y no puede calcularse. Aceptar dicha herencia implica “reactivarla de otro modo y mantenerla con vida” (Derrida, 2009, p. 12): un trabajo singular con el legado que, a su vez, porta algo indescifrable e indecible. Asumir una responsabilidad con la lengua, como en la herencia derrideana, implica e interpe-

la: una decisión, una elección, “reinterpretar, criticar, desplazar, o sea, intervenir activamente para que tenga lugar una transformación digna de tal nombre: para que algo ocurra, un acontecimiento, la historia, el imprevisible por-venir” (Derrida, 2009, p. 12). Ahí, quizás, un horizonte donde el nudo entre imaginación, lengua, espectros, deseo y metonimia sea refugio para sostener lo imposible como apertura al porvenir, resguardarlo como porfía por los re-comienzos, por las derrideanas *fidelidades infieles*, una y otra vez.

Referencias

- Barthes, R. (1986). *El placer del texto y lección inaugural*. Siglo Veintiuno.
- Barthes, R. (1994). *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*. Paidós.
- Corominas, J. (1987). *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Gredos.
- De Certeau, M. (1993). *La fábula mística. Siglos XVI-XVII*. Universidad Iberoamericana.
- Derrida, J. y Roudinesco, E. (2009). *Y mañana qué...* Fondo de Cultura Económica.
- Grossman, E. (2001). Celan y la experiencia de la lengua alemana. Reportaje a Jacques Derrida. Traducción de Ricardo Ibarlucía, *Diario de Poesía*, (58), pp. 15-17.
- Milner, J. C. (1980). *El amor por la lengua*. Nueva Imagen.
- Moreno Cabrera, J. C. (2008). Gramáticos y academias. Para una sociología del conocimiento de las lenguas. *Arbor*, CLXXIV, pp. 519-528. Recuperado el 3 de marzo de 2024 de la base de datos <https://doi.org/10.3989/arbor.2008.i731.201>